

La sociabilidad de Bilbao en 1917

Dra. María Jesús Cava Mesa

Universidad de Deusto

Relación de los modos y maneras de la renovada sociabilidad cultural y política de la burguesía urbana en Bilbao.

1917an Bilboko soziabilitatea

Bilboko hiri burgeseriak antolatu zuen sozialibitate keinu eta ikur berriak aztertzen dira.

Sociability in Bilbao in 1917

An account of the fashions and manners of the renewed cultural and political sociability of the urban bourgeoisie in Bilbao.

“Marcha Bilbao a convertirse en una gran capital, en moderna Babilonia”

L. Pedreira, *Lo que Bilbao es y podrá ser a fines de siglo*. Madrid, 1902

“Y quiero creer que todos sus hijos, todos los hijos de la Villa del Nervión, todos los que hemos fraguado nuestras almas sobre el reflejo metálico de las aguas de aquella ría, vista desde los puentes, llevamos también en lo hondo del pecho la proyectilidad de nuestro Bilbao”.

M. de Unamuno. *Bilbao y la nueva política*. Bilbao, 1917

Hace años ya que Maurice Agulhon definía a la sociabilidad como una categoría en continua construcción, que debía mucho a la sociología y a la etnología. La historiografía más reciente denota un mayor interés por atender esta materia, aunque sin haber logrado subsanar, al menos en la Historia del País Vasco, la imagen imprecisa y *naïf* que deriva de un costumbrismo pasado de moda.

Sin desdeñar a éste totalmente, es obvio que siguen existiendo dos aspectos que, como varios autores venimos insistiendo en ello, no han recibido todavía la atención debida. Uno se refiere al proceso de politización de la sociabilidad (las denominadas sociabilidades políticas). El segundo remite a espacios de sociabilidad diversos, donde las categorías no se confunden, sino que entretejen la dimensión de lo público y privado, lo formal e informal. Aspectos de una vida moderna, protagonizada por hombres y mujeres; dimensión esta última aún poco cultivada, y sin embargo, esencial para desentrañar las formas peculiares de la sociedad industrial y postindustrial.

De otra parte, la evolución de las formas de sociabilidad en la España contemporánea, nos sitúa en fases bien diferenciadas. La transición, para J. Canal, se expresó a través de cuatro etapas, de las cuales la segunda correspondería a la que Bilbao vivió intensamente desde finales del siglo XIX y hasta la guerra civil de 1936, con la eclosión de formas definidas de sociabilidad, tanto burguesa como popular, extraordinarias. El tiempo del asociacionismo por excelencia.

Algunas características

Los rasgos de esta sociabilidad bilbaina permiten que subtitulemos este artículo como “el discreto encanto de la burguesía...”. Pues su protagonismo se confirma, como decimos, irreversiblemente. El tema no se comprende si no se vincula, por lógica, con las mutaciones de lo urbano. Porque la vida urbana se liga al mundo del trabajo y a su evolución; lo cual va de la mano del resto del tiempo de vivir, o lo que es igual, unido a cómo se organice el

tiempo libre y sobre todo, el tiempo de la sociabilidad, formal e informalmente.

Maurice Agulhon dice en su *“Historia Vagabunda. Etnología y política en la Francia Contemporánea”*, una frase tomada de una heroína de Hemingway, para plantear el valor de lo urbano como valor esencial, hasta en los momentos más complejos: *“Si no se ha visto el día de la revolución en una ciudad pequeña, donde todo el mundo se conoce...”*, –concluye el autor francés– no se calibra la crudeza de la lucha, por su carácter concentrado (sociológica y tipográficamente). La talla de Bilbao, desde ese sentido, no es desdeñable.

A veces se tiene la impresión de que vista desde el valor de representación histórica de esta ciudad, la imagen de Bilbao se agiganta artificialmente.

La justificación histórica –a mi entender– se logra ante el carácter *concentrado* que la cultura burguesa adquirió en ella. Pues de acuerdo con la escala que le correspondió, la capital vizcaina fue acumulando numerosas experiencias desde 1900 y hasta 1930. Este valor empírico de la sociedad de Bilbao no se inventa. Es auténtico, y no cabe minusvalorarlo. Aunque sí ajustarlo a la realidad de lo que pudo ser.

No se trata, por tanto, de describir las peculiaridades de sus clubs, cafés, bares, teatros o asociaciones, como de descubrir los hilos de una trama social –adobada ideológicamente, política y culturalmente, de modo dispar y diverso–, en la que un nuevo concepto de la confortabilidad y de la sociabilidad presidirían lema y propósitos de grupos y clases sociales que fueron progresando, en paridad con la modernización económica.

El confort y la nueva cultura burguesa del primer cuarto de este siglo en la Villa, no corresponden a los de cualquier parvenú. Sin embargo, se parecen a los de quienes desean utilizar los símbolos que se aproximan a “lo aristocrático”. Aunque esta actitud consiga en ocasiones el desdén, precisamente, de la aristocracia. No obstante, –permítaseme la licencia– las “bilbainadas” homologan las contradicciones, con sentido chirene, y con no poca osadía (... *“y viste con elegancia la aristocracia en Neguri, pantalones de mil rayas, al igual que los de Achuri”*).

De otra parte, la sociabilidad fue –no se olvide– esencialmente masculina en su expresión más destacada, diseñada así para territorios públicos. Las réplicas frente a este exclusivismo sólo son capaces de percibir los primeros tenues síntomas de cambio, en cuanto a las relaciones de género. Como cuando Diego Mazas, en tono paternalista, dice: *“En los umbrales abandonais a vuestras madres y penetrais en estos salones refulgentes, con sus mil bombillas eléctricas y en alegre camaradería circulais por ellos con la misma libertad e independencia de un socio masculino. Vosotras bellas de 1918, no podeis daros cuenta de qué rancios prejuicios ha habido que despojarse, cuántos esfuerzos, cuántas resistencias, qué labor de 30 años ha sido precisa para lle-*

gar a esta vida de hoy, en que es justo reconocer que, vosotras con vuestra graciosa seducción, habeis levantado la varita mágica que nos trajo el prodigio”.

Así se reafirma el hecho de que esta sociabilidad está teñida, pese a estas aseveraciones de ocasión, con valores irrenunciablemente masculinos. Al igual que el asiduo contacto que facilitan *los Círculos de Amistad*, cuya esencia es cohesionar al grupo, por ideario, acción y propósitos; como sucede por igual en Casas del Pueblo y Batzokis.

Obsérvese que incluso el “aperitivo”, síntoma de un comportamiento burgués marcado por el reloj, lo practican solamente los caballeros. Porque además –y enlace con otro tema– las funciones sociales de la alimentación y las *conductas alimenticias*, cuyo papel es determinante en el funcionamiento de las estructuras de sociabilidad, vuelven a cohesionar al grupo, facilita un estatus social, precisan el lugar de representación y adquieren una significación simbólica muy importante. Y esta conducta en la cultura vasca y por ende bilbaina, adquiere maestría.

Sabido es que la expresión más completa de la convivencia se produce en la comida, ya que es la manifestación más explícita. Y este ritual, que evoluciona y revela nuevas condiciones sociales y simbolismos, se renueva culturalmente en la coctelera de la sociedad moderna.

Y luego, en Bilbao se da, de manera particular también, la fusión del “*commercium y el connubium*”. Las conexiones de los grupos a través de la negociación, matrimonio y poder van entretrejidadas endogámicamente.

Existe la posibilidad clara, por tanto, de una heurística y una antropología que nos descubre cómo la sociedad de esta Villa ajustó reglas de sociabilidad, aunque también supo quebrarlas cuando hizo falta. de ahí la diversidad de Bilbao, que articula y construye un imaginario social donde coexisten varias subculturas y mentalidades. Pero el eje central será la familia, la sociabilidad familiar. Un elemento central, que juega un papel crucial socialmente. Y al decir familia, no debe interpretarse ésta como sinónimo de *élite* social con marchamo bilbaino. Aunque, todo sea dicho de paso, la sociabilidad de las élites tuvo tantos elementos de representación, que resulta tentador, por eso mismo, presentarlas monopolizando la sociabilidad y la cultura en estos años, hasta erirlas en portavoces.

Su imagen, claro está, fue eminente, en tanto en cuanto dispuso, hasta en la *muerte* de cánones que segregan su identidad y sociabilidad (enterramientos y panteones así lo denotan) frente al resto de los mortales. Allí, en los *cementerios*, también se confirman sus motivaciones y sus patrones de conducta social, catalizados por la herencia (ver mausoleos).

Sucede igual que en lugares mucho más amables y hedonistas, como *los teatros*. Por ello cabe afirmar que la *ópera* en Bilbao es tan familiar, como el panteón. La ópera es, además, un microcosmos de toda la sociedad. Como en

el cementerio, la porción jerárquica de las élites encuentra su significado completo en relación a las demás clases sociales. Así, una vez más, la cohesión social sale reforzada.

En torno al año 1917

Bilbao concita en 1917, la fecha que nos interesa descifrar ahora, un inagotable cúmulo de indicadores. La primera y además obligada característica a considerar, es, que comienzan a cuajar las señales de la transformación. El bienestar adquirido se extiende, pese a las diferencias de clase, y repercute entre los diversos estratos y subculturas existentes en la Villa mercantil, convertida en industrial. Esta tendencia que aporta originalidad específica al caso bilbaino, comparte con otras sociedades industriales rasgos similares. Pero no es artificioso señalar que fue adquiriendo carácter particular, desde los llamados años de la Belle Epoque bilbaina. La ciudad y sus gentes tamizaron lo que otras urbes españolas y europeas sedimentaron en tiempo más o menos parecido, y le imprimió carácter.

Al igual que el Prof. Dumazedier y otros muchos autores, Peter Bailey describió hace unos años cómo la sociabilidad y el ocio popular -en todos los países de la industrialización histórica-, fueron adquiriendo vías propias a través de las que expresarse. El derecho al tiempo libre fue una reclamación costosa pero irrenunciable desde mediados de siglo XIX. En pleno conflicto bélico internacional, Bilbao protagonizaría su momento de despegue, no sólo económico, sino cultural y por ende, social. Así lo expresa *Hermes* desde las señales más accesibles de la evolución que la ciudad iba dejando sentir, y sus interpretes más destacados transcribieron. Lo cierto es que ese otro Bilbao popular, de sectores no estrictamente obreros, sino medioclasistas, también se erige en demanda de lo que el valor trabajo le permite imaginar como valor alternativo: el de la diversión, el de las actividades ociosas, festivas y de convivencia.

En el Bilbao del conflictivo año 1917, como en sucesivos ejercicios, existió, sin duda, un llamativo tratado de la vida elegante, de etiqueta y salón. Pertenecía a la sociabilidad de los también bilbainos *en salsa verde*, como definió Unamuno. Pero a su lado, hubo un mundo de artistas -aunque reducido-; y costumbres sociales plenamente identificables con la burguesía rampante; y también siguieron cultivándose las formas de sociabilidad familiar, y se difundió como forma específica el veraneo.

Por otra parte, se catalizan con gran fuerza desde entonces hábitos y variantes de sociabilidad en torno de la música, en todas sus vertientes (danza, ópera, zarzuela, sinfónica, cámara, bandas, corales, orfeones, orquestinas, grupos folklóricos, etc). Consigue hacerlo por igual, el teatro y el deporte, los espectáculos circenses, el cinematógrafo, los cafés, las casas de juego, los cabarets, los círculos (Ateneo, Sociedad Bilbaina, Sociedad de El Sitio, clubs

taurinos: Cocherito, El Náutico, El Club Deportivo, Burgalés, asociaciones patronales: CIV; y también los partidos políticos: mauristas, nacionalistas, socialistas entre otros, además de las asociaciones sindicales), al igual que con las agrupaciones religiosas (Cofradías, Koskas, etc), y a lo largo y ancho de espacios urbanos a lo boulevard, con rutas para pasear y respirar.

En definitiva, todo un sincretismo en el que se diferencian formalmente, en razón a criterios ordenados, las distintas expresiones sugeridas por los síntomas de una sociabilidad en progreso, y que confirman un dato: Bilbao madura desde la cultura burguesa, en busca de su propia construcción cultural.

No es -únicamente- gasto y ostentación, ni mimetismos elitistas de dandysmo; es la representación de lo mundano en su traducción local, y la expresión del choque que tradición y progreso generan, a partir de sensibilidades diversas y un nuevo concepto de las relaciones sociales. Surge así una sociabilidad dimanada de las nuevas prácticas. Algunas de las cuales ahora se crean o se refuerzan; lo que las convierte en dignas de análisis, por cuanto nos remiten, precisamente, al carácter plural y diferencial de esta sociedad bilbaina, que alberga y convierte a sus ciudadanos, no sólo gracias al dinero, en “bilbainos de toda la vida”.

El Botxo, que acababa de inaugurar el Salón Gayarre y el Coliseo “Albia” en 1916, y tuvo más de un coso taurino, disponía de quioscos cruciales que segmentaron la actividad lúdica de sus usuarios (sea en La Casilla, en El Arenal, en la Plaza Nueva o en la Elíptica); y consumía cerveza en Txakolís y Cervecerías (“La Vizcaina”, en Iturrigorri), disfrutaba de sus Fiestas de Agosto, y asociaba el ritual religioso, indefectiblemente, con el cultivo de la sociabilidad de pórtico eclesial (en Begoña, San Nicolás y San Antón), como había hecho desde siempre.

En sus Sociedades con distintivo (la Bilbaina, el Sporting y el Marítimo) lo específico del trato social y el lujo, aquilataron el *entourage* del poder. Los premios a un crisantemo ganador del concurso de floricultura en el Marítimo del Abra se combinaban con las fiestas en las que las blandristas millonarias francesas, provocaban la envidia de sus anfitrionas. Pero la mayoría de los bilbainos observan de lejos al mundo de Neguri. Su vertiente de convivencia social remite a otras prácticas menos galantes, pero esencialmente modernas. Lejos de la visión algo depauperada que el revisionismo ha sugerido respecto de aquella época, estoy convencida de que existió un Bilbao *protoplasmático*, según calificó el propio Unamuno, que disfrutó y supo utilizar cualquier espita de comunicación social que tuviera a su alcance. La mejor demostración se encuentra en la prensa local. Y no se debe solamente a que en cualquiera de estos periódicos la “crónica social” aparezca diariamente, pero también a eso mismo. La consulta de estos medios, ineludible, reafirma una miscelánea de acontecimientos, muy reveladores de la manera, algo impresionista todavía, de asimilar hábitos y conductas en los que se mezclan tradición y progreso.

En los artículos y gacetillas, bajo diferentes epígrafes como “Ópera en Albia, Círculos y Sociedades de Recreo, De Teatros, Notas de mi Cartera, De Ayer a Hoy, Crónicas deportivas y Notas de frontones”, así como las reseñas de “Espectáculos para Hoy”, (diversas sesiones, obras representadas y películas proyectadas) se nos descubre el continuo tránsito hacia un consumo cultural y social, más y más diversificado.

Algunos periódicos en concreto, como *El Nervión* y *El Noticiero Bilbaino* (sección Noticias Bilbaínas) entre los muchos que aquí se leían, son un derroche elocuente de la sociabilidad que la Villa va consiguiendo que aflore en 1917. Los lugares más destacados, en lo relativo a acontecimientos sociales, sitúan en primer plano a los Salones y Teatros de la Villa. Así, nos encontramos de manera continuada con el Salón Gayarre, el Salón Olimpia, el Teatro Campos, el Salón Vizcaya, la Filarmónica (para conciertos y conferencias) y los Jardines Campos Elíseos (para el baile). La crónica taurina en “El Noti”, a cargo de “El Pescadilla” confirma, como demuestra la tradición torista de Bilbao, que su universo es parte indisoluble de un concepto festivo y sociocultural de los aficionados locales.

Las fotografías en primera página de este diario, se dedicaron preferentemente, por cierto, a un acontecimiento social, cultural o deportivo que por su frecuencia, fuera significativo de su relevancia social. Buen indicador para comprobar lo que fue adquiriendo aceptación y fuera patrimonializándose, progresivamente, entre los medios bilbaínos.

Sin incurrir en los excesos del cronista, conviene hacer explícitos algunos de estos casos.

A comienzos de aquel año, y coincidiendo con el periodo navideño, por ejemplo, la Compañía de Zarzuela González-Marcén dedicaba a los niños en el teatro Campos: “Los sobrinos del Capitán Grant” (15,30 horas). Había baile en los Jardines de los Campos Elíseos, por la Banda de Garellano. El Salón Olimpia representaba “La hija de Herodías”, con la actuación de una desconocida y casi podría jurarse que gentil artista rusa de pega, llamada Napierowska. El Coliseo Albia ofrecía la ópera “Rigoletto” (a precios económicos y con gran recaudación). En el Salón Vizcaya actuaba la sin par canzonetista bilbaina Emilia Bracamonte, a las 17 horas, y en todo su esplendor. Asimismo, los concertistas de guitarra y bandurria “Los Alpinos” se despedían de Bilbao; y en el no menos apreciado Teatro Trueba se daban la película y comedia “Efectos de Luz” y “La Revancha del Pillete”. El recuento es testimonial, pero resulta poco extraordinario, si se compara con lo que habitualmente acontecía fuera de las fechas navideñas.

Es decir, desde finales del primer decenio de este siglo y hasta los felices años 20, tiempo de ocio y sociabilidad fueron adheridos a un conjunto de manifestaciones cada vez más extensas. El Ateneo bilbaino vivía uno de sus momentos más activos. Conferencias, como la de Segundo de Ispízu, autor

de la obra “Historia de los vascos en América”, o Esteban Calle Iturrino, fueron seguidas por sectores sociales vinculados con la propuesta cultural más variopinta, aunque ésta se quedara muchas veces en vuelos cortos. También La Filarmónica fue sede de conferenciantes, además de melómanos (el P. Donostia). La Biblioteca de Buenas Lecturas organizó allí una serie divulgativa, inaugurada por el cronista Carmelo de Echegaray, con el tema: “Algunas indicaciones sobre lo que se leía en Bilbao en el siglo XVI”.

Desde la sugerencia minimalista, es preciso destacar que las “Hilanderas vascas”, cuadro de Larroque que figuraba en la exposición del Círculo de Bellas Artes y Ateneo, representó un sugerente esfuerzo por reconducir la idea de creación museística, transformándola en voluntad social y política. La suscripción popular abierta para poder regalar este cuadro al Museo de Bellas Artes, nos descubre la presencia socialmente activa de la Asociación de Artistas Vasco y la del Sitio.

Francisco Cambó impartiría el 26 de Enero de aquel mismo año en que se fundara *Hermes*, una sonada conferencia en el Coliseo Albia, que tendría su colofón en el banquete celebrado en su honor en el Club Marítimo del Abra, dos días después. Las fuerzas del paradigmático mundo empresarial vizcaino inmortalizarían el encuentro con una muy divulgada fotografía, para mayor gloria del proteccionismo imperante.

Otra señal de la sociabilidad política bilbaina, y a golpe de ejemplo, nos la facilita el partido maurista, como lo consiguen también otros partidos. En el caso de los conservadores locales, una vez celebradas una serie de charlas (el Marqués de Figueroa actuó como conferenciante el 30 de diciembre), éstos organizaron un banquete en la Sociedad Bilbaína; y días después, una fiesta Maurista (Fiesta de los Reyes Magos) en el Teatro Trueba, impulsada por la comisión de propaganda, para obsequiar a los obreros del partido. Se proyectaron películas, y el acto fue amenizado por un sexteto. Mientras, el Círculo Burgalés, también con motivo de la festividad de los Santos Reyes, repartió juguetes y dulces, puso música, y disfrutó de una velada nocturna para socios (con bailables).

Pero estos síntomas de cambio en gustos y práctica social no interfieren, sino que complementan la tradición mercantil y ferial. Esta sigue perpetuada estacionalmente por unas clases sociales que provienen de otro entorno: el rural. El mercado agrícola y de flores, de la Plaza Nueva, nos da pie para comprobarlo asimismo.

En cuanto a la sociabilidad deportiva, simplemente recordemos que además del insigne Athletic de Bilbao, los socios del Club Deportivo habían decidido tomar parte en los *matches* de boxeo de dicho club, y demostraban la importante afición pugilística de la Villa. Al tiempo, el F.C. Ledesma celebraba con varios festejos la inauguración de su nueva sociedad. A comienzos de Marzo, los pelotaris del cuadro de Madrid y Bilbao (Quintana y Elorrio, y Begoñes Tercero y Chistu) jugaron un importante partido de desafío en el

Frontón Euskalduna. Pero si los socios pertenecientes al Club Deportivo convocaban un campeonato de esgrima, los asistentes al banquete celebrado en “El Amparo” festejaban al compositor Isasi por otros motivos, además de los gastronómicos. Pues la sociabilidad más completa, como ya se ha dicho, encuentra en la comida la mejor oportunidad para cohesionar a un grupo y adquiere un significado altamente simbólico. También el Club Marítimo del Abra calificaba de acto de relevancia para sus socios, a los partidos celebrados en Septiembre, advirtiendo que su campo de *lawn-tennis* estaba repleto.

El Teatro Arriaga, reconstruyéndose, y cuya adquisición había sido solicitada por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, seguía siendo emblema de una tradición de sociabilidad apreciada por los bilbainos, pero muy en especial, por las bilbainas, buenas aficionadas al teatro y al bel canto.

Como muchas otras sociedades, además, Bilbao ritualizó socialmente, y lo hizo en lo profano y en lo religioso. La tradición del “Borriquito” que se celebra el Domingo de Ramos, fue y sigue siendo cónclave social además de procesional y religioso. Nada extraño, si nos atenemos a la antropología cultural que corresponde a un tipo de sociedad en la que, pese al valor preeminente de los valores religiosos, se manifestaría el avance de un laicismo adobado por la cultura material. En cualquier caso, esa ritualización cabe verificarla -de nuevo- en otro tipo de celebraciones religiosas, mucho menos festivas que bodas o bautizos, por cierto. Es decir, durante los entierros, en los que se da cita una paradomanía civil, acentuada en casos especiales hasta lo sorprendente (como durante el entierro del conocido periodista Manuel Echevarría y Torres, fundador de “El Noticiero Bilbaíno”).

Otra señal inequívoca de facetas no menos auténticas que se manifestaron en aquellos años tan especiales, fueron el concurso de espatadantzaris y las romerías -como la de las modistas que anualmente éstas celebraban en la anteiglesia de Deusto- y que nos sitúan, dicho con respeto, al nivel del Bilbao de la alpargata y pantalones de mil rayas. Tales son, asimismo, parte de las imágenes que Arteta y los Arrue recrearon, y en las que se ponen de relieve actividades al aire libre de un Bilbao que todavía caza chimbos, y pesca angulas. De lugares de memoria donde cristaliza la oportunidad de hablar, flirtear y compartir. Así lo hicieron durante el verano, los jóvenes de la Academia Literaria de San Ignacio de Loyola, tomando parte en el Festival Sportivo celebrado en el frontón de Deusto en honor de su patrón. Un mes más tarde, el 23 de agosto, Juan Belmonte toreaba en Bilbao para regocijo de sus incondicionales. Y los music-halls bilbainos, que habían adquirido el *pedigree* de ser los primeros en albergar a gentes más tarde convertidas en famosas, convocaban la sociabilidad de lo más y menos prohibido.

Desde el retrato puntillista, el acontecimiento familiar adquiere igualmente un eco social inusitado en este entorno local, en especial cuando concierne a las elites; y acuña convenciones sobradamente conocidas, como durante la

aristocrática boda celebrada entre Luis Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero y María O'Donell, hija de los duques de Tetuán, en el Palacio de Zabálburu. También en 1917.

Pero desde un menos restrictivo espectro, y más frívolo y divertido, el Gran Casino de Archanda anunciaba el éxito de las notables canzonetistas que había contratado: las Hermanas Olivery, para deleite de habituales. No obstante, el bilbaino de a pie y con prole, podía disfrutar de otras alternativas, como el Gran Circo Feijóo (tres funciones: 16,30-19,30-21,30). Otros se contentaban con observar a los balandristas extranjeros, fotografiados en el Real Sporting Club de Bilbao, confirmando una actividad que aunque minoritaria, tuvo también su lugar en este Bilbao de la opulencia.

Los banquetes de homenaje (en la Sociedad Bilbaína a D. Eladio de Urdangarín, por ejemplo), y las fiestas al vecindario y clientela organizadas por el Bar Iruña (con pasacalles, carreras pedestres y de barriles, banquete a los "parroquianos" y *encerrona* (sic) en la plaza de toros del Recalde Park; banda y tamboril vespertinos, y para concluir, romería nocturna en Colón de Larreátegui, colocan por su generosidad a su propietario, D. Severo Unzue, en la cúspide de la iniciativa lúdico-festiva de carácter privado en el Ensanche. No es de extrañar su popularidad y estima social.

Queda por añadir brevemente algo más, y que erige a la propia ciudad como parámetro y señal de la nueva sociabilidad. Bilbao a través de la nueva morfología urbana que su ensanche había marcado en estos años, dispuso de lugares en los que no era posible prescindir de la presencia humana. Espacios de sociabilidad en los que, materialmente, sus edificios, sus calles, no podían lucir solos. Lugares de controversia, de protesta social, de contienda incluso. De mercadeo, cortejo y negociación, como lo había sido tradicionalmente ese Arenal en el que los cafés fueron sede de tertulia, pero también de pacto y compra bursatil.

La Villa dispuso en su reducida talla, de diversos ámbitos para el juego infantil, y para la decisión sociopolítica. Ofreció encrucijadas, cantones, paseos y plazas, pero también otros nuevos centros de convergencia para la ciudadanía propia y para el visitante. La Villa reunió una iconografía urbana en la que el año, el barquillero, la lotera, el farmacéutico, el limpiabotas, etc, etc, no sólo vendían o ejercían un trabajo. Estaban y se movían en espacios muy dinámicos. Tanto en lo público, como en lo privado, la sociedad bilbaina pretendió interpretar a la ciudad de forma novedosa, y exigió la incorporación tecnológica de avances; porque el mero hecho de "estar en la calle" comenzaba a tener otro alcance y demandaba mayor grado de confortabilidad y accesibilidad (electricidad, tranvías, automóviles). La ciudad se racionalizó y segregó de manera positiva los centros de sociabilidad religiosa de los centros civiles, educativos, deportivos y lúdicos. Como lo evidencian sus paseos (el Campo de Volantín, El Arenal, la Plaza Nueva, y luego la Gran Vía, y la Casilla y el Recalde Park); sus salas de té, cafés, frontones, terrazas, y parques.

Alejandro de la Sota, recordando los tiempos de *Hermes* en sus *Crónicas bilbainas*, se refirió al prototipo de la parisina de viaje en Bilbao, Madame Dubois, exclamando: “*En fin, tienen Vds. un gran Bilbao. Pour votre Bilbao!*”, para satisfacción de sus hospitalarios anfitriones y también de quienes la idealizaron, encorsetándola, finalmente, en un estereotipo.

Aunque, como el propio alavés Fermín Herran escribió, puede que fuera porque “*Bilbao es, de lo nuestro, lo que más suena en el mundo...*”.

Bibliografía

- AGULHON, M., *La sociabilité méridionale. Confréries et associations en Provence orientale dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle*. 2 vols., Aix-en-Provence, 1966.
- CANAL, J., *La sociabilidad en los estudios sobre la España Contemporánea*. En: Revista de Historia Contemporánea nº 7, UPV, pp.183-205, (1992).
- LEMENOREL, A. & CORBIN, A., *La rue, lieu de sociabilité. Rencontres de la rue*. Actes du colloque de Rouen, (1994). Publications de l'Université, Rouen, 1997.
- AUREU, M. & DUMOULIN, O. & THELAMON, F. (coed.), *La sociabilité á table: commensalité et convivialité á travers les éges*. Publications de l'Université, Rouen, 1990.
- CASA DE VELAZQUEZ, *Plazas et sociabilité en Europe et Amérique Latine*. Colloque Interdisciplinaire (1979). Diffusion de Boccard, París, 1982.
- ARPAL, J., “Solidaridades elementales y organizaciones colectivas en el País Vasco (cuadrillas, txokos, asociaciones)”. En BIDART, P. (ed.): *Processus sociaux, idéologies et pratiques culturelles dans la société basque*, Bayona, 1985, p.139.
- CAVA, M.J., *Bilbao en la Belle Epoque*. Temas Vizcainos, BBK, vol.254, Bilbao, 1996.
- AGUIRREAZKUENAGA, J., *Génesis de la sociabilidad moderna (1800-1876)*. Bidebarrieta, Anuario de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao. vol. II-1997, p.233. Y vol. III-1998, p.349.
- IMIZCOZ, J.M., *La vida en sociedad. Las estructuras colectivas de la sociedad urbana en una ciudad del Antiguo Régimen (Vitoria, siglos XVI-XVIII)*. En: *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad Moderna y contemporánea*. Txertoa, San Sebastian, 1995.
- CAMINO, I. “Batzokis de Bizkaia. Margen Izquierda-Encartaciones”. Bilbao, 1987. “Batzokis de Bizkaia, Bilbao”. Bilbao, 1988.
- BAILEY, P., *Leisure and class in Victorian England*. Methuen, London, 1978.